





PRÓLOGO

Hawkins Hollow
Junio de 1994

En una esplendorosa mañana de verano, un caniche se ahogó en la piscina del jardín de los Bestler. Al principio, Lynne Bestler, que se había escabullido para nadar a solas antes de que sus hijas se levantaran, pensó que se trataba de una ardilla muerta. Lo que ya habría sido suficientemente malo, pero cuando finalmente se armó de valor para sacar del agua la masa de pelos con la red, se dio cuenta de que era *Marcell*, la adorada mascota de su vecina.

Por lo general, las ardillas no usan collares con incrustaciones de gemas de fantasía.

Los gritos de Lynne, más el chapoteo que provocó al volver a tirar al desventurado perro a la piscina, con red y todo, hicieron que su marido saliera de casa deprisa en calzoncillos. Las gemelas Bestler se despertaron al escuchar los sollozos de su madre y las maldiciones de su padre, que saltó al agua para sacar la red y el cadáver, y ponerlos en la orilla. Las niñas, to-

davía con sus pijamas idénticos de My Little Pony, se quedaron chillando al borde de la piscina. Al cabo de pocos minutos, la histeria colectiva en el jardín de los Bestler atrajo la atención de los vecinos, que corrieron a las cercas limítrofes justo en el momento en que el señor Bestler salía del agua arrastrando su carga. Como muchos hombres, el señor Bestler había desarrollado un apego excesivo hacia la ropa interior vieja. Y, en este caso, el peso del agua fue demasiado para el gastado elástico de los calzoncillos que llevaba. Así, el hombre salió de la piscina con un perro muerto y sin calzoncillos.

La espléndida mañana de verano en el pequeño pueblo de Hawkins Hollow empezó con conmoción, dolor, farsa y drama.

Fox supo de la muerte prematura de *Marcell* pocos minutos después de entrar en el local de Ma con la intención de comprar una Coca-Cola de medio litro y algo de embutido. Había estado trabajando con su padre en la remodelación de la cocina de la señora Larson, que vivía calle abajo en Main Street, y ahora había decidido tomarse un descanso. La mujer quería encimeras nuevas, puertas nuevas para los armarios, suelo nuevo y pintura nueva. Ella decía que se trataba de «renovar» la cocina, pero para Fox era la manera de ganar suficiente dinero para llevar a Allyson Brendon a cenar pizza y después al cine el sábado por la noche. Tenía la esperanza de que ésa fuera la manera de seducirla para convencerla de que echara un polvo con él en el asiento trasero de su viejísimo Volkswagen escarabajo.

A Fox no le importaba trabajar con su padre. Tenía la ferviente esperanza de no tener que pasarse el resto de la vida blandiendo martillos o usando una sierra mecánica, pero no le parecía tan mal hacerlo. La compañía de su padre siempre era agradable y este tipo de trabajo evitaba tener que trabajar en el jardín, cuidar de los animales u otras tareas que requería el man-

tenimiento de la pequeña granja familiar. También le daba la oportunidad de tener acceso fácil a la Coca-Cola y los embudidos, dos cosas que nunca, absolutamente nunca, habría en el hogar de los Barry-O'Dell.

Su madre era la dueña y señora de ese reino.

Entonces Fox escuchó la noticia de *Marcell* de boca de Susan Keefafer, que marcó en la máquina registradora lo que el muchacho había comprado mientras unas pocas personas que no tenían nada mejor que hacer esa tarde de junio pasaban el rato tomando café recostadas contra la barra y chismeando.

Fox no conocía a *Marcell*, pero, dado que tenía un especial cariño por los animales, sintió una punzada de dolor cuando se enteró de la muerte del pobre perrito. Sin embargo, la pena se vio aliviada en cierto modo por la imagen del señor Bestler, a quien *sí* conocía, de pie junto a la piscina «tan desnudo como Dios lo trajo al mundo», según las palabras de Susan Keefafer.

A pesar de que le dio mucha pena imaginarse al desdichado de *Marcell* ahogándose en la piscina, Fox no estableció ninguna conexión, al menos no en ese momento, entre la muerte del animal y la pesadilla que él y sus dos mejores amigos habían tenido que vivir siete años atrás.

Había tenido un mal sueño la noche anterior —había soñado con sangre y fuego, y con voces que cantaban en un idioma que no entendía—, pero pensó que se debía a que había visto con sus amigos Cal y Gage dos películas de terror seguidas: *La noche de los muertos vivientes* y *La matanza de Texas*. Así las cosas, no se le ocurrió pensar que podía existir una relación entre el perro muerto y sus sueños, o entre ambos eventos y lo que había ardido a lo largo del pueblo durante una semana después de su décimo cumpleaños. Después de la noche que Cal, Gage y él habían pasado en la Piedra Pagana, en el

bosque Hawkins, y todo había cambiado, tanto para ellos tres como para el pueblo.

En unas pocas semanas, Cal, Gage y él cumplirían diecisiete años, y eso era lo que tenía en mente. El equipo de béisbol de Baltimore tenía grandes posibilidades de quedar campeón ese año, y ésa era otra cosa que tenía en mente. Volvería a la escuela para su último año, lo que significaba, por fin, estar a la cabeza de la cadena alimenticia y empezar a planear la universidad.

Lo que ocupaba la cabeza de un muchacho de dieciséis años era bastante diferente de lo que ocupaba la de un niño de diez, incluyendo pasar la tercera base y llegar a la meta con Allyson Brendon.

Por tanto, cuando caminó calle abajo, para este chico delgado que todavía no había dejado atrás del todo la etapa desgarrada de la adolescencia, de espeso cabello castaño sujeto en una corta cola de caballo sobre la nuca y ojos marrones con destellos dorados protegidos con gafas oscuras Oakley, éste no era más que un día como cualquier otro.

El pueblo estaba como de costumbre: limpio, un poco anticuado con sus casas y tiendas de piedra, los porches pintados y las aceras altas. Mientras caminaba, Fox miró sobre el hombro en dirección al Bowl-a-Rama, la bolera que quedaba en la plaza. Era la edificación más grande del pueblo y el lugar donde Cal y Gage trabajaban. Decidió que, cuando su padre y él terminarían las labores del día, iría a la bolera a ver cómo les iba.

Caminó el último tramo hasta la casa de los Larson y entró por la puerta sin llave, mientras empezaba a escuchar la suave cadencia de un blues de Misisipi de Bonnie Raitt que provenía de la cocina. Su padre estaba cantando a la par que la mujer, con su voz clara y tranquila, mientras examinaba el nivel de los estantes que la señora Larson quería poner en el armario

de las escobas. A pesar de que las ventanas y la puerta trasera estaban abiertas de par en par, el lugar olía a serrín, a sudor y al pegamento que habían usado esa mañana para pegar la fórmula nueva.

Brian O'Dell estaba trabajando enfundado en unos vaqueros Levi's viejos y una camiseta que rezaba «Dale una oportunidad a la paz». Llevaba el pelo unos quince centímetros más largo que su hijo y lo tenía recogido en una cola de caballo debajo de un pañuelo azul. Se había afeitado la barba y el bigote que había lucido desde que Fox podía recordar, y el muchacho todavía no estaba del todo acostumbrado a verle tanta piel en la cara a su padre, o a ver tanto de sí mismo en ella.

—Un perro se ha ahogado en la piscina de los Bestler, en su casa de Laurel Lane —le dijo Fox a su padre. Brian se detuvo en lo que estaba haciendo y se dio la vuelta para mirar a su hijo.

—Qué pena más grande. ¿Alguien sabe cómo sucedió?

—En realidad, no. Era uno de esos caniches pequeñitos, así que creen que probablemente se cayó al agua y después no pudo salir solo.

—Alguien habría podido oírlo ladrar. Sí, es una pena muy grande. —Brian puso a un lado las herramientas y le sonrió a su hijo—. Dame uno de esos embutidos que traes.

—¿Qué embutidos?

—Los que tienes en el bolsillo de atrás de tus vaqueros. No traes ninguna bolsa y no has tardado lo suficiente como para pensar que ya has engullido algunas chokolatinas o pastelitos. Por tanto, hijo, apuesto lo que quieras a que traes los embutidos en el bolsillo. Si me das uno, tu madre nunca se va a enterar de que hemos comido productos cárnicos y químicos. Esto se llama chantaje, hijo mío.

Fox rezongó y sacó del bolsillo los embutidos. Había comprado dos justamente con este propósito. Padre e hijo

abrieron cada uno el suyo, mordieron y masticaron en perfecta armonía.

—La encimera queda muy bien, papá.

—Sí, así es. —Brian pasó una mano sobre la suave y clara superficie semimate—. A la señora Larson no le gusta mucho el color, pero éste es un buen trabajo. No sé quién me va a servir de perro faldero cuando te vayas a la universidad.

—Ridge es el siguiente en la fila —le respondió Fox a su padre pensando en su hermano menor.

—Ridge no puede retener medidas en la cabeza más de dos minutos seguidos y probablemente se cortaría un dedo con el serrucho por andar en sus ensoñaciones. No —Brian sonrió y se encogió de hombros—, este tipo de trabajo no es para Ridge. Ni para ti, en todo caso. Ni para ninguna de tus hermanas. Supongo que voy a tener que contratar a algún chico que sí quiera trabajar con madera.

—Nunca he dicho que no quiera trabajar en esto. —Al menos no en voz alta.

Su padre lo miró de la manera en que lo hacía a veces, como si estuviera viendo más de lo que había allí.

—Tienes buen ojo. Y buenas manos. Vas a ser hábil en tu propia casa, cuando tengas una, pero no vas a ganarte la vida con un cinturón de herramientas atado a la cintura. Y mientras decides qué quieres hacer, puedes tirar estos desperdicios en el contenedor de la basura.

—Hecho. —Fox recogió el serrín y los restos que había en el suelo, los reunió y los sacó en brazos por la puerta trasera, atravesó el angosto patio y se dirigió al contenedor de basura que los Larson habían alquilado mientras duraba la remodelación.

Echó un vistazo hacia el jardín de la casa vecina, desde donde provenía el sonido de las voces y risas de niños jugando.

Se quedó paralizado y no pudo sino soltar la carga que llevaba, que se estrelló con estrépito contra el suelo. Los niños estaban jugando con camiones, palas y cubos en un arenero azul, pero éste no estaba lleno de arena. La sangre les cubría los brazos desnudos mientras arrastraban sus camiones Tonka entre la inmundicia sanguinolenta que rebosaba del arenero. Fox se tambaleó hacia atrás mientras los niños continuaban imitando el sonido del motor de los camiones y la sangre se derramaba por los brillantes bordes azules y manchaba el césped verde a su alrededor.

Y entonces lo vio. Sobre la cerca que separaba los dos jardines, donde la hortensia estaba a punto de florecer, estaba agazapado el chico que no era un chico, y tenía los dientes al descubierto en una sonrisa torcida. Fox regresó a la casa llamando a Brian.

—¡Papá, papá!

El tono de Fox, el miedo jadeante de su hijo, hizo que Brian saliera deprisa hacia el jardín.

—¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?

—¿No lo ves, papá? ¿No lo puedes ver? —Pero mientras modulaba las palabras, al tiempo que apuntaba con el dedo, en el fondo Fox supo que nada de aquello era real.

—¿Qué? —Con firmeza ahora, Brian tomó a su hijo de los hombros—. ¿Qué ves?

El chico que no era un chico bailó sobre la cerca de tela metálica mientras ardían llamas desde la base y quemaban la hortensia hasta reducirla a cenizas.

—Me tengo que ir, papá. Tengo que ir a ver a Cal y a Gage, ya mismo. Tengo que...

—Anda. —Brian soltó a Fox y se hizo a un lado. No preguntó nada más—. Ve.

Fox corrió lo más rápido que pudo, atravesó la casa y salió a la calle de nuevo, siguió corriendo calle arriba, por la

acera, hasta llegar a la plaza. El pueblo no tenía el aspecto de costumbre. En su mente, Fox lo vio como lo había visto durante esa terrible semana de julio hacía siete años.

«Fuego y sangre», recordó, pensando en su sueño.

Entró como una tromba en la bolera, donde estaban en plenas ligas vespertinas de verano. El estruendo de las bolas y el choque de los bolos unos contra otros le llenaron la cabeza mientras corría directamente hacia el mostrador principal que atendía Cal.

—¿Dónde está Gage? —le preguntó a su amigo en tono urgente.

—Por Dios, Fox, ¿qué te pasa?

—¿Dónde está Gage? —repitió Fox, y entonces los burlescos ojos grises de Cal se pusieron serios—. Está trabajando en la sala de videojuegos. Ya... viene.

Gage se les acercó al ver la rápida señal que le hacía Cal.

—Buenas tardes, señoritas. Qué... —La sonrisa traviesa se le esfumó del rostro al ver la expresión de Fox—. ¿Qué ha pasado?

—Ha vuelto —dijo Fox—. Ha regresado al pueblo.